

"SIETE ESCRITORAS", POR MARIA CAROLINA GEEL

Por Edmundo CONCHA

MARIA CAROLINA GEEL no es escritora que se duerma sobre los laureles. Es activísima. Publica un libro por año. Y, como el público ya lo sabe, no se trata ciertamente de libros inmaturos. Debutó ella en las letras a una edad tal vez no del todo temprana; pero justamente por eso, porque se había preparado hábil y pacientemente en la retaguardia, hela aquí ahora en la primera fila.

La conocíamos a través de aquellas tres novelas, de tan sagaz introspección psicológica, denominadas "El mundo dormido de Yenia", "Extraño Estío" y "Soñaba y amaba el adolescente Perces". Ahora aborda el ensayo, según reza el título de su reciente libro. ¿Significa esto que debemos prepararnos ya a leer el próximo año un manojo de versos suyos?

Mas, al margen de hechos consumados y de conjeturas, aboquémonos ahora a revisar su última entrega, la titulada "Siete Escritores", con sello editorial "Rapa Nui S. A." Las elegidas son: Gabriela Mistral, María Luisa Bombal, Marta Brunet, Amanda Labarca, María Monvel, Chela Reyes y Luz de Viana. Como se ve, no podrá decirse en este caso "no están todas las que son ni son todas las que están".

La autora vuela en primer término su admiración sin reservas por la Mistral. Evoca sus primeros años en Vicuña. Al aludir al amor frustrado que la hizo componer "El Ruego", opina: "nunca se arrancó de una hoguera de

amor una más colosal llamada". En "Tala" advierte un tono menos patético que el de los primeros años. Finalmente, al hacerse cargo del reparo hecho a la poetisa en punto a corrección idiomática, cita la sentencia del crítico inglés Williams Entwistle: "Milton y Spencer se forjaron idiomas propios y Shakespeare se forjó tres".

A María Luisa Bombal —novelista tan diestra en describir las reacciones del alma, o más exactamente, del cuerpo femenino— la sitúa, entre los prosistas nacionales, nada más que tras de Prado, Barrios y D'Halmar. No es por cierto un puesto muy remoto.

De Marta Brunet, en seguida de reconocer su manera directa de enfocar el campo y sus costumbres, dice sin reticencias que es "el más relevante de nuestros escritores criollistas" y que "sus cuentos en nada palidecen si se les coteja con los de Maupassant. Por otro lado repara en que, al perfeccionar su técnica y al auscultar personajes de la ciudad, como aquellos de "La Mampara", ha perdido vigor y espontaneidad.

De Amanda Labarca, la mujer chilena de la cual, no sin razón, tal vez más se ha hablado en Chile y fuera de Chile, pondera su fecunda labor de pedagoga y de publicista con más de veinte volúmenes en circulación. Utilísimo el extracto que hace del libro "Historia de la enseñanza en Chile", del cual cita algo de lo que el ultramontano Zorobabel Rodríguez clamó en la Cámara en 1873: "Los liceos de mujeres

a cargo del Estado no serán otra cosa que verdaderos burdeles costeados por los contribuyentes".

A María Monvel, muerta en 1936, la juzga de la siguiente manera: "Su poesía es siempre clara, transparente, melódica por excelencia y, por tanto, sencilla. Y he aquí su mérito, pues que la tal sencillez extiende sobre sus poemas todos una belleza perdurable". A guisa de confirmación transcribe un variado muestrario de sus poemas.

De la autora de "Tía Eulalia" afirma con propiedad: "Chela Reyes persigue la hermosura de las palabras y produce con ella el valioso efecto de hacer fluir una atmósfera de fervor lírico que pone su influencia en los hechos que narra, ennobleciéndolos".

Por último, en lo que respecta a Luz de Viana, la literata nacional más elogiada por Alone, María Carolina Geel hace un acabadísimo análisis sobre la mecánica de las sutilezas y de los símbolos —tan evanescentes— que aparecen en sus obras "No sirve la luna blanca" y "La casa miraba al mar".

El libro que glosamos, según se desprende, entraña estudios que serán de vasta y oportuna utilidad para quienes se interesen por conocer los aspectos positivos de esas autoras. María Carolina Geel ha hecho esta vez la fotografía bondadosa. Ha colocado a sus colegas de una manera en que sólo se veían bien. Y, en seguida, sin más, ha apretado el obturador. Las fotografiadas, al verse de tal suerte, sentirán seguramente una dicha saltarina. Pero, con vista al perfeccionamiento de su arte, a base de ir eliminando los defectos que poseen, no es mucho lo que ganarán. Ganarán sí —lo repetimos— los lectores que deseen explicarse las causas del prestigio hasta aquí alcanzado por las susodichas siete escritoras.